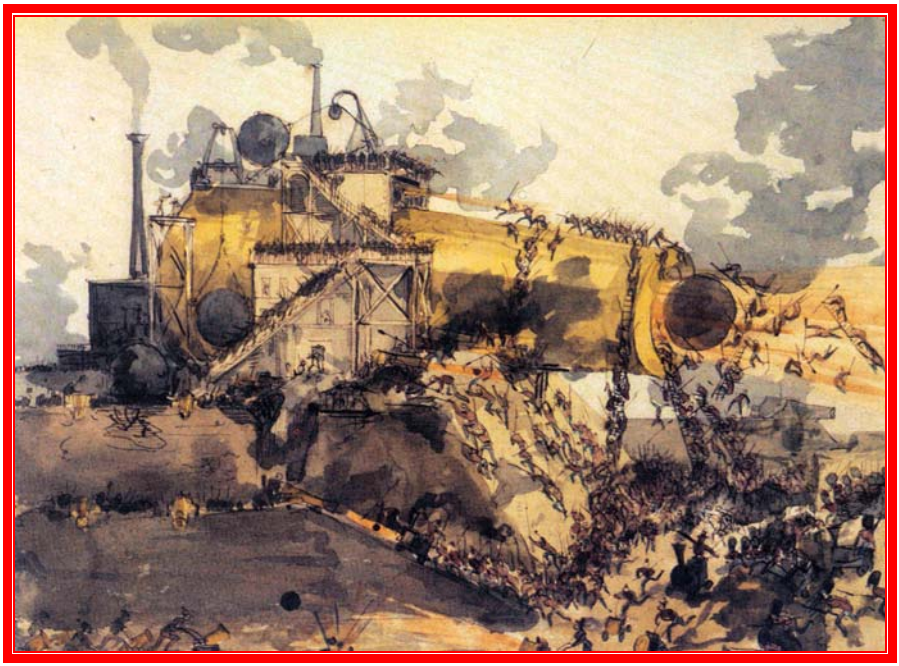
Albert Robida (1848-1926)



ROBIDA, Albert: *La guerre terrestre future,* acuarela original, coleccción Claude Rabeyrat.

Boletín de anticipaciones científicas y aventuras fantásticas 2

Delirio, Ciencia-Ficción

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro de Derechos Reprográficos (www. cedro. org) vela por el respeto de los citados derechos.

Ilustraciones: Albert Robida

© Por la traducción y selección de textos e imágenes, El Nictálope, 2006
© Delirio, Ciencia-Ficción, 2006
Joaquín Turina, 4. 28770 Colmenar Viejo (Madrid). Tel. 91 845 0165
correo electrónico: deliriosf@yahoo. es

Primera edición: marzo 2006

Impreso en los talleres gráficos de la propia editorial.

Impreso en España
Printed in Spain

Robida, el Jules Verne del lápiz

J.-J. Bridenne

PROPUESTA DE NOTA BIOGRÁFICA PARA ENCICLOPEDIAS, CON UN AIRE DE 1900

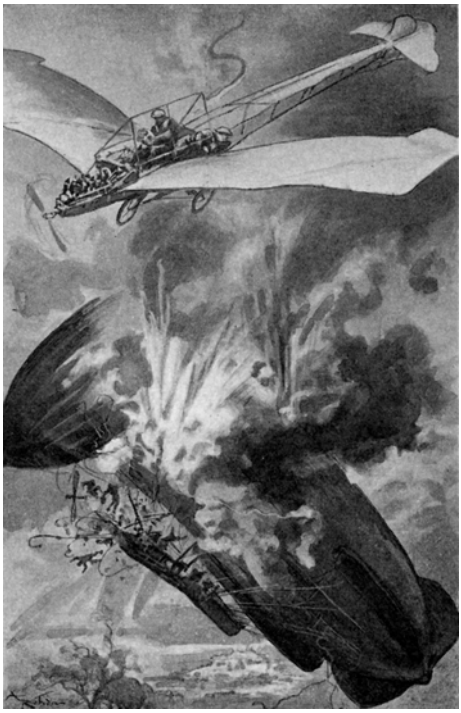
Robida (Albert), nacido en Compiègne en 1848, muerto en París en 1926. Desde los dieciocho años colaboró en el *Journal Amusant,* dándose a conocer en el dibujo satírico y el litograbado. Viajó a Viena, donde trabajo en la revista *Der Floch (La Pulga)* y, de vuelta a París, fundó *La Caricature*. Ilustrándose (doblemente) tanto a la pluma como al lápiz, escribió cuentos y novelas dirigidas, en su mayor parte, a los niños (a los de 10 a 80 años, o más). Favorito de genios y hadas, pariente de dragones, caballeros armados y damiselas en peligro, campanarios y antiguas catedrales. Emparentado con las locomotoras portátiles, ladrones volantes y gendarmes alados. Celebró las antiguas ciudades de Flandes, España e Italia, lo mismo que las Babilonias del porvenir. Reconstruyó mediante maquetas el París medieval para la Exposición Universal de 1900 y caricaturizó el avance de los transportes y de la estrategia.

LAS ANTICIPACIONES DE ROBIDA

En 1879 Alberto Robida publicó *Voyages très extraordinaires de Saturnin Farandoul dans les mondes connues et inconnus... même de Jules Verne.** Todo el libro es una pasmosa caricatura de los *Viajes Extraordi-*

* Publicada en castellano con el título de *Viajes muy extraordinarios de Saturnino Farandoul* (Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fernando Fe, 1884), obra en cinco entregas,

narios y las robinsonadas de toda especie. Su héroe, náufrago cuando estaba en la cuna y educado por monos, se enfrentará a las más inversosímiles aventuras en todas las latitudes del globo, recorriendo el mundo en barcos de vela y de vapor, con escafandra, en trineo, en



globo, a lomos de camello, de elefante o de hipopótamo, siendo arrastrado por unos momentos a los espacios siderales, encontrándose sucesivamente con Phileas Fogg y Passepartout, con el capitán Nemo, el capitán Hatteras, Hector Servadac, Miguel Strogoff... A decir verdad, la obra vale más por sus dibujos (especialmente por los coloreados) que por su texto, divertido, pero que no deja de ser una fácil parodia de los grandes relatos de viajes, reales o imaginarios, anticipando el *Voyage à travers l'impossible* de Jules Verne y D'Ennery.* Pero el sorprendente visionario que ya se muestra ocasionalmente en *Saturnin Farandoul* va a darse rienda suelta en *Le XX^e siècle*. Esta novela-álbum apareció en 1883 y contó con bastantes continuaciones: *Un voyage de fiançalles au XX^e siècle, La vie électrique* y *La guerre au XX^e siècle* (que apareció en *La Caricature*). La historia que se cuenta es práctica-

muy ilustrada, prácticamente idéntica a la versión francesa, y hoy prácticamente inencontrable. Las láminas coloreadas de las que se hace mención, podrían haber sido iluminadas a mano, pues, cotejadas dos ediciones, y hasta tres, del libro, en ninguna se ha visto coincidencia exacta de los colores, ni en su tonalidad, ni en su posición. [*El Nictálope*]

* De hecho, esta obra, mejor dicho, esta revista dramática de gran espectáculo estrenada en 1882, fue extraída por D'Ennery de los *Viajes Extraordinarios* en contra de la opinión de su autor: Jules Verne. Al parecer, el autor de los *Viajes Extraordinarios* no apreció el ambicioso galimatías anticientífico que caracterizaba la obra de D'Ennery. Las críticas teatrales de su tiempo fueron bastante duras para un texto que, por lo que sabemos, nunca ha sido editado.

mente inexistente y no sirve más que para la descripción de los tiempos futuros tal y como los ve el autor (esos «tiempos futuros» no son otros que nuestro presente). Antes que nada, Robida da un papel importantísimo a la aviación, más bien, a la navegación aérea. A mediados de siglo se viaja esencialmente por los aires. Globos-pájaro, globos-pez, aeroplanos y helicópteros pululan por el espacio, de lo que resulta una revolución en la arquitectura: aerogarajes, aeropalacios y aerocasinos aparecen por doquier, haciendo que para los hombres y las mujeres elegantes la presencia de las grandes carreras aéreas reemplacen a las de Auteuil y Longchamp. Pero también se viaja bajo el mar, y se edifican completas y confortables estaciones subacuáticas; es de buen tono poseer un submarino de recreo y participar en cacerías marinas y abisales. No sólo el teléfono y el telégrafo han tenido un inusitado desarrollo, sino que se se ha impuesto una televisión total: en la pantalla familiar pueden verse tanto grandes retransmisiones teatrales como reportajes de actualidad, ¡al igual que las terribles escenas de la guerra en China! Conductos eléctricos (a saber qué es esto) difunden, en los domicilios privados, música y alimentos... El genio constructivo de los industriales no tiene límites, un «sexto continente» es construido mediante procedimientos madrepóricos y, gracias a la atracción eléctrica, se da comienzo a la tarea de acercar la Luna a la Tierra para que nuestro satélite resulte accesible a las máquinas voladoras.

Pero todo está lejos de ser lo mejor en el mejor de los mundos. Las costumbres familiares se han revolucionado, y el divorcio-relámpago es de uso común. Las mujeres pueden dedicarse no solamente a la abogacía, la medicina o la astronomía, sino también al periodismo, a las finanzas o la política, y se baten en duelo en cuanto se presenta la menor ocasión. Las modas son suntuosas y extravagantes. El arte cada vez merece menos ese nombre y se ve llegar el triunfo de la foto-pintura y de la escultura

galvanoplástica. En cuanto a los estudios, decididamente modernizados, han dado la espalda a lo que quedaba de las humanidades clásicas. Las

maravillas mecánicas prestan una contrapartida a menudo desagradable. Al menos en Francia, los motines son evitados, aunque mediante su «legalización»: se organizan en fechas determinadas y dan lugar a recompensas, ¡como si fueran exposiciones técnicas y artísticas! Sigue habiendo bandidos —bandidos motorizados, como tiene que ser— que traen de cabeza a la policía aérea. Lo que no se ha evitado ha sido la guerra... Y las guerras sacan a la luz medios inmensos de destrucción colectiva. Además de los bombardeos aéreos, Robida anuncia los lanzadores de microbios y gases tóxicos, pues los médicos son movilizados para algo más que para atender a los heridos; los cañones autopropulsados y los tanques son de un aspecto tan colorista que da miedo ver el nivel de la anticipación de Robida.

A este propósito hemos de añadir que sus publicaciones sobre el siglo XX se completan con *La guerre infernale* (1908), obra de Pierre Giffard,* pero que Robida ilustró abundantemente, llegándose a creer que fue incluso el inspirador de lo más esencial de la obra. En términos

* Teniente de móviles en 1870-1871, Pierre Giffard se convirtió en reportero y, poco después, en redactor jefe del diario *Le Vélo.* Escribió libros de viajes, de deportes, de divulgación científica, novelas de aventuras y algunas comedias. Entre sus obras pueden citarse *L'enfer de neige, Le tombeau de glace, Les drames de l'air,* así como un estudio humorístico sobre los transportes de finales del siglo XIX titulado *La fin du cheval,* igualmente ilustrado por Robida.

menos literarios que *La guerra del aire*, de H. G. Wells, esta obra es la respuesta francesa a la novela del inglés. Pero el novelista francés disfruta visiblemente acumulando aventuras terribles y las mayores atrocidades para descubrirnos, ya en las últimas páginas, que todo ha sido un sueño (el narrador se despierta tras haber sido decapitado por un amarillo; el decapitamiento científico de las naciones blancas no tiene otro resultado que la terrible victoria del Extremo Oriente). Hemos de reconocer que gracias a los dibujos de esta obra (publicada en fascículos por Mericant), *La guerre infernale,* si bien tuvo una enorme repercusión en su época, no será olvidada.*

Cañones y micrófonos gigantes —a lomos de reptiles del Secundario—, enormes bombarderos y torpederos, aeronaves de combate, ofensivas bacteriológicas y masacres sistemáticas figuran con una fantasía que no quita nada —todo lo contrario— a su tono de pesadilla. Pese a este carácter, no parece que Robida se tomase las cosas más en serio que cuando se dedicó a *La guerre au XX^e siècle,* donde su pluma desbocada evocó las más terribles perspectivas. Se tiene la clara impresión de que se trata de advertencias que, a fuerza de bromas y fantasmagorías, acaban resultando inútiles. Pero Robida conoció la Primera Guerra Mundial y, poco después de terminada, compuso *L'ingénieur von Satanas*, cuyo tono es totalmente diferente. Aunque tanto en el texto como en las imágenes uno pueda encontrarse con lo burlesco habitual, queda claro que, en esta ocasión, el autor teme y denuncia la futura autodestrucción de la Humanidad. Vitupera las locuras guerreras, especialmente la guerra científica encarnada por el personaje simbólico de Von Satanás (antaño, el monje Schwarz). Apenas hay anticipación: prácticamente, nos vemos con una reedición «mejorada» de la guerra de 1914 a 1918 extendiéndose a lo largo de los años y donde los ingenios pensados para com-

---

* Esta novela fue publicada en España por Araluce en la primera década del siglo XX, aunque ignoro la fecha exacta de publicación, con el título de *La guerra infernal. Gran novela de aventuras extraordinarias*. Se publicó, al parecer simultáneamente, en dos formatos: una versión (como la francesa) de fascículos de sesenta y cuatro páginas, a 0,20 céntimos cada uno, y otra con «La obra completa y encuadernada en lujosas tapas; dos volúmenes con 1900 páginas, Ptas. 9», como consta en la propaganda incluida en la novela de Silvain Déglantine *Los terrestres en Venus.* Si rara era la novela de Farandoul, de esta sólo conozco a una persona que la posea (que no soy yo), y a muy pocos que la hayan visto. Se habla de una edición moderna de la misma, aunque, como no la he tenido en mis manos, no puedo confirmar el dato. Hay una reimpresión francesa reciente, facsimilar, aunque de tamaño ligeramente inferior al original, realizada por Antares. Los *Viajes muy extraordinarios de Saturnino Farandoul* y *La guerra infernal* son las dos únicas obras de Robida publicadas en España, eso que sepamos, aunque pudiera ser otra cosa. Agradeceríamos información al respecto. [*El Nictálope*]

bates terrestres, marítimos, aéreos, destruyen toda la civilización. La guerra se acabará (tras la derrota definitiva de los alemanes) con arcos, picas y hachas, perdidas todas las habilidades técnicas y con la esperanza de que la nueva sociedad nunca seguirá las vías de la ciencia infernal.

En 1925, Robida publica una nueva anticipación, *Le chalet dans les airs*. Novela en el más puro estilo de Jules Verne (sin didactismo), ofrece un tono sosegado y, como contrapunto a la precedente (incluso podríamos decir de las precedentes), se dirige más a los jóvenes que a los adultos. La ciudad volante de Beauséjour, las aventureras expediciones de sus pasajeros, los animales «prehistóricos», pueblan una isla caída del cielo, ofreciendo un conjunto entrañable. Pero no podemos encontrar la profundidad de pensamientos que descubrimos, no sin sorpresa, en *L'ingenieur von Satanas* y en tantas páginas del *Vingtième siècle* y sus anexos.

EL PENSAMIENTO DE ROBIDA

Aparentando no desear otra cosa, en la mayor parte de los casos, que una broma fantástica, Albert Robida testimonia, como hemos podido ver, serias cualidades de presciencia con respecto a algunas de las obras de Verne (*Le XX^e siècle* apareció algunos años antes que *La Journée d'un journalista américain en 2889*). Pero la verdad obliga a constatar que éste, evitando la pedantería, dominaba el tema científico de sus novelas y

no anticipaba más que rodeándose de garantías positivas, mientras que nuestro autor seguía casi íntegramente los caprichos de una intuición desenfrenada. Así, por ejemplo, da la mayor importancia a los globos dirigibles (mientras que Verne, con razón, nunca confió en ellos) y parece considerar que lo-más-pesado-que-el-aire no puede ser otra cosa que su ayudante, tanto en tiempos de guerra como en la paz. Sus comunicaciones con la Luna no abren camino alguno, salvó en términos empíricos y novelescos. No se da la menor explicación acerca del funcionamiento de sus monstruosos aerostatos, sus fantasiosas transmisiones electro-mecánicas, visuales y sonoras, del motor atómico de Ville Beauséjour ni de los grandes logros terapéuticos y antiterapéuticos.

Es en la expresión gráfica donde se manifiesta todo el poder adivinatorio de Robida. Muy poco técnico, de eso no cabe duda, encuentra en el lápiz, la tinta y el juego de colores, el medio de anunciar con aparente exactitud las más impactantes realizaciones técnicas. Pero estas últimas nunca fuerzan la admiración del caricaturista-profeta y con lo que más frecuentemente nos encontramos es con la sátira antes que con la alabanza del Progreso. Este dibujante y grabador de seres legendarios, de campanarios y guerreros medievales, de ruinas y paisajes montañosos, sentía debilidad por el Pasado, como uno puede darse cuenta con echar un simple mirada a su obra *Jadis chez aujourd'hui*. Al mismo tiempo, no deja de atacar el automovilismo, la aeronáutica, la fiebre del desplazamiento, la Bolsa, el servicio militar obligatorio, las nuevas costumbres públicas y privadas.

En *Saturnin Farandoul,* en *Le XX^e siècle,* en la mayor parte de las producciones que hizo para *La Caricature*, todo esto se trata con un estilo, digamos, de «chansonniers».

Queda claro que las más maravillosas aplicaciones de la ciencia no tienen sólo aspectos positivos, aunque los problemas que causan

son más grotescos que catastróficos; también queda claro que el progreso no cambia en exceso la naturaleza humana, lo que hace que la gente de 1952 pintada por Robida no se diferencie en gran medida de lo que hacen los parisinos de 1880-1890, aunque de estos últimos hemos de decir que quizá fueran algo más amables. El sistema parlamentario no es ideal, pero también, al verlo, dan más ganas de reír que de llorar. La invasión del maquinismo, la mecanización humana aún no ha sido simbolizada con la divertida sustitución de un autómata en el puesto de Presidente de la República francesa (fue Sadi Carnot, de quien se decía que era de zinc, quien sugirió involuntariamente esta imagen del robot-Presidente).

Pero *La guerre au XX^e siècle* está revestida de otra expresión y la sátira amarga sale al paso para cerrárselo a la bufonada amable. La Civilización queda marcada como expendedora de cajas llenas de metralla y proyectiles perfeccionados: una familia de parisinos de 1915 (decimos bien: 1915) que, para ir a cenar a la ciudad, se cubren el cuerpo y la cabeza con metal, saliendo de casa provistos de armas inverosímiles; y se puede leer lo que sigue: «La Ciencia, reduciendo las distancias, apartando los obtáculos, cortando los istmos y perforando las montañas, ha creado puntos de contacto entre los pueblos más separados y permite todas las comunicaciones... amistosas o no.»

En fin, *L'ingénieur von Satanas* es la grande y elocuente imprecación contra el pretendido progreso que no conduce a otra cosa que una guerra cada vez más monstruosa, devolviendo al hombre moderno al estado de troglodita, tras haber puesto los éxitos científico-industriales al servicio de la mayor barbarie y haber multiplicado los duelos, las ruinas, las enfermedades, el crimen y la miseria. Todo lo que hoy en día podamos escribir sobre este tema, todos nuestros apocalipsis atómicos, existen en potencia en esas páginas ilustradas que Robida compuso, al menos, veinte años antes de que estuviera en cuestión la bomba atómica. Sin embargo, el humor negro del gran narrador-caricato no abandona nunca el tono chirriante y desesperado de algunos de nuestros escritores actuales de anticipación, Barjavel, sin ir más lejos. Llevado, como muchos de sus contemporáneos, a confundir la Ciencia con sus manifestaciones mecánicas, Robida no la trata como mala en sí misma, como diabólica por naturaleza. Incluso en *L'ingénieur von Satanas* sabe que de la Ciencia podría salir lo mejor, pero que es el hombre quien hace un mal uso de ella. Que el hombre es algo imperfectible puede que también fuese su opinión. Sin embargo, la convicción de la existencia

de un nuevo y más acertado punto de partida parece animar el epílogo de *L'ingénieur von Satanas*, que es, con mucho, la obra más sombría —también la más fuerte, desde un punto de vista literario— escrita por alguien a quien se conoce muy a menudo como el ilustrador de Rabelais y el sencillo caricaturista de la gente de mundo, de los estadistas y deportistas de un siglo XIX a punto de terminar.

Dar cuenta por escrito de la obra de Robida es traicionarla fatalmente. Sólo gracias al conocimiento de sus impagables bocetos y grabados es posible apreciar su obra, especialmente como anticipador. Si este informe no facilita más que una pálida e infiel noción de su sorprendente talento, recomiendo ver la película que le han dedicado —de manera muy hábil— France Roche y Pierre Kast, en la cual, empleando una juiciosa selección de sus composiciones proféticas, reconstruye visualmente el universo *robidesco*.*

Los textos del presente trabajo proceden las siguientes fuentes:
— Bridenne, J.-J.: «Robida, el Jules Verne del lápiz». Título original: «Robida, le Jules Verne du crayon», publicado en la revista *Fiction,* núm. 10, septiembre de 1954.
— «Impresiones de artista: Montferrnd». Título original: «Impressions d'artiste», publicado en *Montferrand: Histoire d'une Commune (1130-1731),* de FAVYÉ, Victor (ilustraciones de Albert Robida; prefacios de L. Bréhier y G. Desdevises du Dezert), Georges Durand, Libraire-Éditeur, París, 1923.

Las ilustraciones del presente trabajo proceden las siguientes fuentes:
— DE LYS, Georges (ilustraciones de Albert Robida): *Les conquérants de l'air,* Maison Alfred Mame et fils, Tours, 1910. [página 4]
— DES GACHONS, Jacques (ilustraciones de Albert Robida): *Le ballon fantôme,* Maison Alfred Mame et fils, Tours, 1909. [páginas 5, 6 y 8]
— GIFFARD, Pierre (ilustraciones de Albert Robida): *La guerre infernale,* Mericant, París, 1908. [página 9]
— ROBIDA, Albert (ilustraciones de Albert Robida): *Voyages et aventures de la famille Noè dans l'Arche,* Librairie Armand Colin, París, 1922. [página 10]
— FAVYÉ, Victor (ilustraciones de Albert Robida): *Histoire d'une Commune (1130-1731). Montferrand,* Georges Durand, Libraire-Éditeur, París, 1923. [páginas 13, 14 y 15]

* Se refiere el autor a la película *Monsieur Robida, prophète et explorateur du temps* (1954). Al parecer, existe una copia en buen estado en la Cinémathèque francesa. Sabemos de una crítica publicada en el número 6 de la revista *Fiction* hablando de ella, obra de F. Hoda, que es donde más información puede encontrar quien se interese por ella. Suponemos, creemos firmemente, que esta película no sólo no se habrá estrenado en España, sino que, además, no se estrenará nunca. [*El Nictálope*]

Impresiones de artista: Montferrand

Albert Robida

Aunque en el espacio apenas son dos kilómetros desde Clermont, en el tiempo se trata de más de quinientos años. En unas cuantas rodadas, el tranvía que parte de una ciudad llena de movimiento, viva, industrial y muy moderna, nos precipita en pleno siglo XIV, en un decorado admirablemente planteado y finamente marcado de ciudad feudal de los tiempos de los condes de Auvernia.

Si partimos de la ruidosa plaza de Jaude, llena de grandes tiendas, de cafés, de hoteles, luego de electricidad, de fábricas, de automóviles, un recinto industrial de altas chimeneas..., en un cuarto de hora en coche llegamos a Montferrand. Hay que frotarse los ojos: hemos dejado atrás el siglo XX.

La silueta pura e intacta de la hilera de casas apretujadas bajo la larga y alta nave gótica de la iglesia de Saint-Robert, que yergue como una bayoneta un simple campanil en la punta de su campanario.

Árboles, verdes jardines aquí y allá mantienen la guardia de las murallas melladas o demolidas y resaltan todos esos tejados rojos que se sobreponen unos a otros, esos grupos de casas donde no se ve ningún detalle moderno, y esos bajos aguilones por encima de los cuales apuntan torres escalonadas.

Fue ayer mismo cuando el rey Felipe el Hermoso llegó a Montferrand para comprarle la villa a su Señor y unirla a los dominios reales. Visitémosla nosotros también. Nada ha cambiado en el aspecto exterior de las cosas, salvo sus habitantes. Esta ciudad de Montferrand, tercera de los Estados de Auvernia, es un nido de nobleza y de rica burguesía, "Ciudad de

grandes tesoros y muy comercial —como dijo Froissart—, llena de villanos de alto peculio".

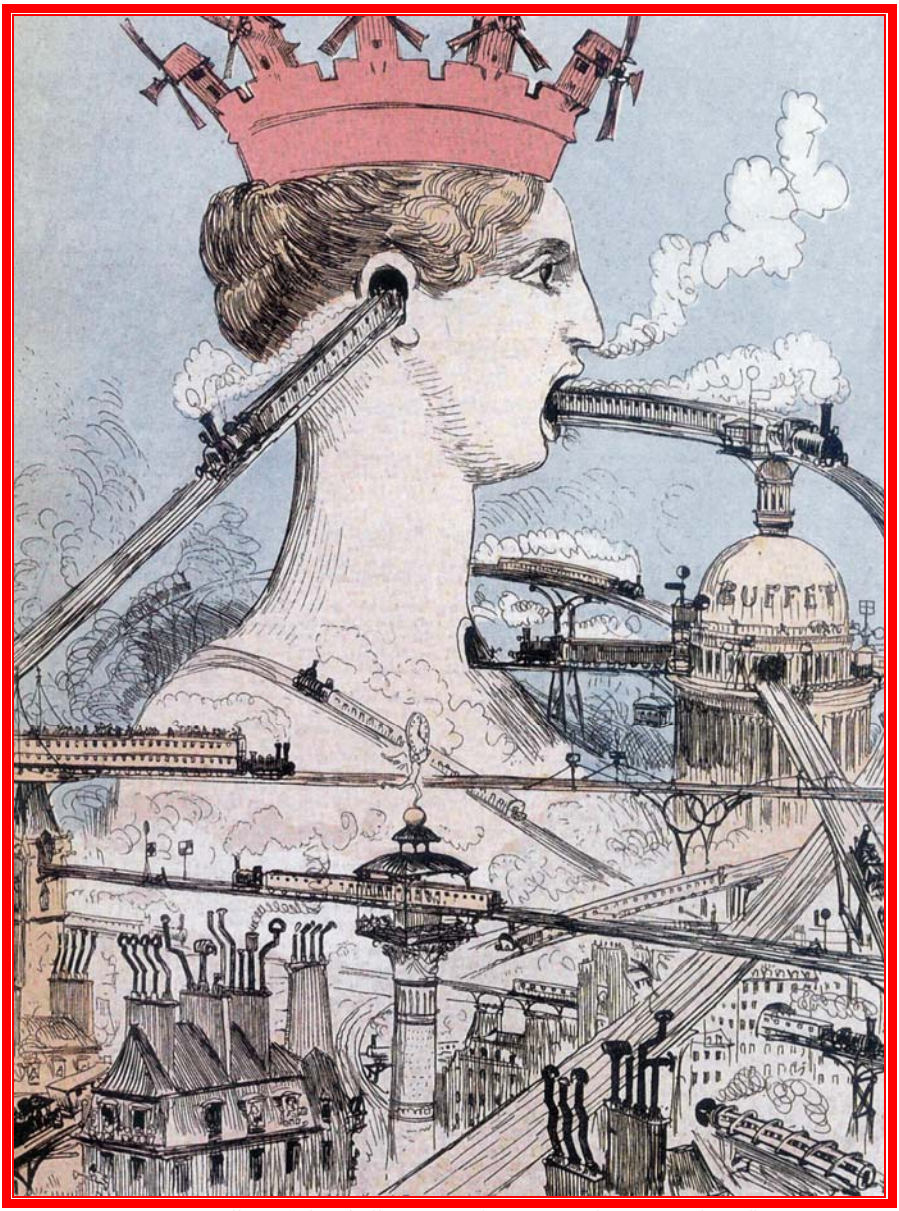
Cada calle puede conducir a casonas de orgulloso aspecto, a altas y severas mansiones de piedra de fachadas blasonadas, con ventanas de bellas arcadas, portales esculpidos que dejan ver en los patios galerías abiertas y alguna torre, en un rincón, con las escaleras.

Se ve a las claras que esas nobles casonas están un poco marchitas en su antiguo esplendor; que la vecina y rica Clermont estaba demasiado cerca, que era demasiado importante, muy ambiciosa y que, así, absorbió poco a poco a la ciudad colindante, anexionándola, finalmente, en 1731 apropiándose de su colegio, de su Corte de Aydes e incluso de la mitad de su nombre.

Hoy en día, Montferrand es pobre y va tirando sin industria alguna, criando cabras y conejos en sus viejas mansiones o alineando las gavillas en las hermosas arcadas góticas; las buenas mujeres limpian verduras o remiendan la ropa mientras conversan, sentadas en grupos casi en mitad de la calle, sin preocuparse por la circulación, pues los automóviles han sido reemplazados por la tranquila carreta tirada por bueyes.

La ciudad se halla en un plano regular, como un bastión, y las calles se cortan en ángulos rectos con algunas plazuelas; la iglesia se encuentra en el centro. La parte viviente de la arcaica Montferrand se descubre en la encrucijada de la Rodade, casi bajo la iglesia, donde se alza una casa de madera de varios pisos, con esculturas cómicas en los aguilones: es la Casa del Boticario, restaurada, y quizá demasiado restaurada.

La hilera de casas que bordea la calle de la Rodade, se ven llenas de originalidad con sus pisos en saledizo; las puertas o ventanas góticas a nivel de la calle se abren con curiosidad desde lo alto de las escaleras o desde deformes escalinatas que parten de mitad de la calle. En todas esas calles hay algunas casas particularmente notables; a veces la mansión ha caído en la miseria y ha perdido sus antiguas bellezas, y las piedras rotas y agrietadas están llenas de mortero. Las fachadas entristecidas por la adversidad y el abandono, tienen la misma cara que los más humildes ancianos, decrépitos y temblorosos, calentándose al sol mientras rumian sus recuerdos; si empujáis su puerta, quizá os encontréis en un patio menos hundido que aún tiene un aspecto orgulloso y en el que se pueden ver los vestigios artísticos de su juventud. Si visitáis la casa, ella misma os contará su historia e incluso la aderezará con detalles pintorescos, leyendas y recuerdos locales infantilmente deformados, en los que la parte de la verdad será, algunas veces, difícil de encontrar. También junto a la iglesia, la llamada casa del Elefante; la fachada de grandes arquerías románicas superpuestas debió ser muy bella, aunque ahora las arquerías quedan medio ocultas por unas ventanas irregulares. Al lado, la Casa de Adán y Eva tiene las aberturas condenadas, incluso las dos hermosas ventanas góticas geminadas y trilobuladas. En su patio podemos ver la escena de la serpiente en un bajorrelieve esculpido en el balcón de una de las galerías. En otras partes hay otras esculturas: una Anunciación por encima de un portón, con una estatua de san Cristóbal en el pilar de la escalera, una Virgen en el tímpano de una ojiva de bellas molduras, y en otro tímpano de la puerta bajo otra torre escalonada, un escudete bien conservado sostenido por unos curiosos unicornios... Y así, todo el dominio de los detalles interesantes, medallones, esculturas, gárgolas, ventanales, una soberbia puerta renacentista en la casa de Lys, que también alberga un bello patio. Las distracciones arqueológicas están un poco por doquier, pero cada vez que llegamos al final de una de las calles de esta Carcasona sin murallas, en los extremos de su gótico cuadrilátero, aparecen a la vista grandes porciones de la naturaleza, el vasto panorama de las montañas que rodean Clermont y Montferrand, la gran ciudad viva y la pequeña ciudad de antaño, y más allá de los finos campanarios de Clermont, vemos Royat en su nido de verdor, bajo las cúpulas, y el valle del que procede el Tiretaine, el pequeño río de Montferrand.



ROBIDA, Albert: "L'Embellissement de Paris par le métropolitain", *La Caricature,* 19 de junio de 1886.